

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 12 de Enero de 1933

Núm. 505

Mirando a los niños

¡Qué alegría produce el contemplar niños por todas partes! Esas esperanzas del mañana, cuyas cabecitas se alzan de continuo hacia el cielo como buscando caminos de ilusión que ellos saben que existen para los niños que son buenos, son el adorno más precioso que los pueblos pueden mostrar.

Los pueblos que por su cultura van a la cabeza de la civilización, han dedicado y dedican al niño la atención continuada que merece. Y como una de las cosas que más influye en el niño son los juegos y los lugares en donde estos juegos se verifican, a estudiarlos se han dedicado hombres beneméritos y competentes, que saben cómo, a veces, lo que consideramos más trivial, es lo que más influencia ejerce.

¡La alegría de los niños! Eso es lo que hay que procurar siempre, que estén alegres, satisfechos, sin que asome su carita la pena. Hay que cultivar en ellos la alegría, esa alegría que les hace amar el campo, las cosas bonitas, esa alegría que se muestra en las caras riñanas, en la inquietud de sus cuerpos, como revoltosa mariposa, les obliga a ir de un lado para otro.

Para ello es necesario que todos, autoridades, entidades, particulares, le prestemos la atención que merece este problema, que es base fundamental de los que, un día no muy lejano, han de tomar cuerpo de él. Con frecuencia descuidada cuanto con el niño se relaciona, nos olvidamos de que el niño de hoy será el hombre de mañana y que el campo en que hayamos abonado dará la futura cosecha.

El niño vive, generalmente, en un ambiente de indiferencia que da miedo; abandonado a sí mismo, o lo que es peor, a la compañía de cuatro amigos que le hacen víctima de sus picarías, vive en el arroyo, donde aprende todo lo malo que en esas cátedras del río suele haber. Así da tanta pena contemplar a esos grupos de niños que ven que, con hablar rancio y escupir, ya son unos hombrecitos.

Arrancarlo de ese ambiente es un deber ineludible; es necesario que en el hogar, en la calle, en la escuela, en todas partes, el niño sepa que, ante todo, debe ser digno de que se le considere, que se le quiera.

Nada de desvíos, nada de no atender sus demandas, de rehuir su compañía... A las preguntas (¿hay nada más curioso que un niño que quiere saber, ¿ver mucho?) que se nos hagan, por muchas o escabrosas que sean, contestar de modo que el niño no deje a su cabecita otra vez en las tinieblas. Acompañarles en todo, guiar sus pasos en su voluntad, dirigir sus iniciativas... Después, paseos donde sólo oír las ingenuidades de sus compañeros, lecturas donde recree su espíritu, espectáculos (cine para niños, teatro para niños, etc.) donde su alma se sature de belleza; todo un mundo infantil, pero con tendencia a que del niño salga un hombre capacitado para la

misión que en día próximo se le confíe, sin que abandone su bondad, su ilusión, su sencillez.

Porque de nada serviría que para el ramo de la ciencia o del trabajo hubiésemos conseguido hombres capaces de los mayores adelantos si en ellos se habían secado las fuentes de ternura y del bien, únicas que pueden llevarnos con paso firme por el mundo y hacernos triunfar plenamente.

Hombres, pero con el corazón tan puro como lo tuvieron en sus tiempos infantiles, son los que dejan huella de su paso por la vida, y es un gozo si se consigue que la edad no sea nada y que los sentimientos sigan mostrándose en nosotros y el corazón aspire a elevarse, en todo momento, con la misma fuerza con que se elevan los globos que de pequeños se nos escaparon de la mano.

PLA

El cuidado de los ojos

—¿Sabe usted señor Nieto, que voy casi pa sabio?

—Hombre, no sabía nada; pero me alegra mucho la noticia.

—Sí, señor: voy pa sabio, porque de noche, cuando se acuestan todos en casa, me doy unas «panzás» de leer buenos libros, que no se pué usted figurar.

—Lo que me figuro, es que siguiendo así, acabarás por usar lentes bien pronto, para que sea más completa tu imitación de los hombres sabios.

—¿Qué quíe usted decir?

—Que de noche hay que huir de la lectura, pues la luz artificial, lo mismo que la natural, cuando ésta es demasiado fuerte, producen un daño atroz en los órganos de la vista que son muy delicados. El cuidado de los ojos es una de las cosas que mejor deben conocer todos los niños...

—Pero yo ya no soy un niño!...

—¡Desde luego! No obstante, bueno será que procures no olvidar lo que de los ojos voy a decirte... Porque te advierto que tampoco les estorbaría saberlo, o por lo menos no olvidarlo, a muchas personas mayores...

—¡En ese caso...! ¡Siendo así!

—En primer lugar, para dar buena expresión a los ojos y aumentar la vista, es absolutamente preciso que desde niños nos acostumbremos a dirigir la mirada hacia lo lejos, procurando que incluso en la habitación donde estemos más tiempo, hay algún horizonte lejano. Acostumbrándonos a mirar nada más que a las cosas que tenemos cerca, perderemos la vista sin remedio.

Sobre todo no debes olvidar que la lectura perjudica muchísimo la vista; pero como no es posible prescindir de leer, bueno será que cuando lo hacemos tengamos la precaución de que la luz venga desde lo alto, y aun mucho mejor si leemos o dibujamos con luz artificial, que la luz nos entre por el lado izquierdo. De este modo lograremos una mayor claridad, ya que la sombra queda casi por completo anulada, y al propio tiempo, como tampoco recibimos la

luz de un modo directo, nos dañará muchísimo menos.

Lo que desde luego te recomiendo con especial interés es que te acostumbres a hacer la siguiente gimnasia de ojos, todas las mañanas al levantarte: Sin mover la cabeza, mira lo más arriba que puedas, primero, abajo después, luego a la derecha, y por último a la izquierda. Esta gimnasia fortalece la vista sobre toda ponderación.

—Y... ¿no resultará una especie de «castigador» haciendo tantos guiños?

—Eres de lo más fresquito que he conocido... ¡Tienes cada salida! En fin, lo esencial es que practiques siempre aquello tan sabido de que «los ojos sólo deben tocarse con los codos»...

—¡Y eso es imposible!

—Precisamente con eso se quiere dar a entender que nunca deben frotarse los ojos con los dedos, ni tampoco con toallas de las destinadas a enjuagar las manos, ni con los pañuelos de bolsillo, que forzosamente constituyen a poco de llevarlos un depósito de microbios, sino con telas de hilo ya viejas y muy finas, empapadas en agua templada. De no hacerlo así pronto sobrevienen inflamaciones y molestias en la vista, que muchas veces no sabemos a qué atribuir, dando lugar a operaciones graves, cuando no a la total ceguera.

—¡No me asuste usted! ¿De manera que debo olvidar lo de leer por las noches?

—Completamente.

—Pues eso viene a complicarme la vida, porque yo jugaba por la tarde y estudiaba por la noche...

—Que era cuando más corrías «el riesgo» de quedarte dormido... ¿no es eso?

—Eso es.

—Entonces, no hay nada perdido. Cambia tus costumbres: juega por la noche y estudia por el día... ¡No hay nada perdido!

—Na más que el juego o mi cabeza, porque con lo que a mí me gusta jugar a los bolos, calcule usted lo que haría mi abuelo si le despertase una noche habiendo puesto en el pasillo de casa los doce bolos en fila, y con la puntería que yo tengo, que no se me queda nunca un bolo de pie...!

EL NIETO DEL ABUELO

¡COBARDE!

—¡Oh, qué miedo he pasado! Estoy temblando todavía.

—¿Miedo de un ratón? ¡Sentir tanta emoción porque un camarada se ha divertido en dejarle caer un ratoncito por el cuello... ¡d más bien que eres un cobarde!...

Y Mauricio señalaba con el dedo entre la banda de niños que salían de la escuela, a Julián, el cual, en efecto, parecía estar bajo la impresión de una desagradable repugnancia. Los demás niños, que después de todo sólo buscaban una ocasión de burlarse del prójimo, continuaron repitiendo la palabra cobarde con la cual Mauricio había designado a la víctima de su pesada broma.

Julián no contestó; estaba interrogando a su propia conciencia: ¿merecía verdaderamente ese nombre de cobarde que tan fácilmente se le aplicaba? A pesar de ser más joven que Mauricio, el

cual ya tenía catorce años, le adelantaba en todos los estudios, manteniéndose siempre el primero de la clase, cosa que sólo lograba a costa de continuos y laboriosos trabajos.

Mauricio, celoso de sus éxitos, aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para hacerle víctima de bromas más o menos pesadas, con el fin de hacerle perder el prestigio de que gozaba entre los demás compañeros de clase. Aquel día se le había ocurrido dejar deslizar por el cuello de Julián un ratoncito que había logrado cazar vivo. Como es muy natural, la extraña sensación producida por el roce del animalito le había arrancado aquella exclamación de temor y repugnancia, a la cual los otros contestaban con ese nombre de cobarde, que tanto indigna a los nobles corazones.

—No—dijo por fin Julián—, creo que no soy un cobarde, y estoy seguro de que en presencia de un peligro real sabría cumplir con mi deber tan bien como los demás.

Pero no queriendo continuar una discusión que comprendía era inútil, tomó la cartera bajo el brazo y continuó su camino hacia la hermosa casita que habitaba con sus papás.

Esta escena habíase desarrollado a la salida de Miranda de Ebro hacia fines del mes de Enero. El invierno había sido particularmente dulce y lluvioso, y el Ebro había aumentado su caudal de aguas en forma bastante inquietante para los habitantes de sus orillas. Julián no se preocupaba por ello; sabía que su casita estaba bastante alejada del río y en toda seguridad.

Entró, pues, tranquilamente en la pequeña villa. A pesar de que tenía una ciega confianza en su mamá, no le contó lo que le había sucedido a la salida del colegio, con el fin de no causarle pena. Apenas llegado, se puso a estudiar sus deberes para el día siguiente, para contentar a su profesor como todos los días. Después de cenar Julián se acostó y pronto se quedó profundamente dormido.

Durante toda la noche la tormenta de lluvia no cesó ni un momento. El agua caía a torrentes, aumentando considerablemente el caudal del río, que corría hacia el mar tumultuosamente.

Al amanecer, Julián fué despertado por la voz de su papá.

—¿Qué pasa, papá? No estoy retrasado, pues el día empieza apenas a aclarar y tengo tiempo sobrado para preparar mis cosas antes de irme a la escuela.

—Bueno está el día para ir a la escuela—exclamó su padre con voz trémula de emoción—. El Ebro se ha desbordado esta noche inundando la región vecina. Los habitantes de sus orillas están en peligro, y aunque nosotros no tenemos nada que temer, debemos ir en su socorro. ¿Quieres ayudarme, Julián?

—De todo corazón. Dentro de un minuto estaré listo.

Y rápidamente el adolescente se vistió; algunos segundos después estaba preparado para salir con su padre. Por el camino encontraron a un vecino que se disponía a lanzar dos barcas al agua, pues en ese sitio el nivel había subido tanto, que ya permitía la circulación de embarcaciones.

—Tengo dos barcas, pero estoy solo—les dijo el vecino—. Si quieren ayudarme, pueden tomar una de ellas. Así nuestros auxilios serán dobles.

—¡Con mucho gusto!—contestó el papá de Julián—. No se preocupe por nosotros. Con la ayuda de mi hijo haremos lo posible para hacer todo cuanto esté a nuestro alcance.

Sin perder un solo instante, padre e hijo subieron a la barca y se dirigieron, remando frenéticamente, hacia el lugar donde varios vecinos estaban en peligro. De una de las ventanas de una casa inundada salían gritos desesperados de socorro, suplicando se fuera a ayudarles.

—¡Papá, papá—exclamó Julián, señalando el primer piso de una casa inundada por las aguas—, allí están Mauricio, mi compañero de clase, y su mamá! ¡Dios mío! ¡La mamá tiene en sus brazos una niña muy pequeña! ¡Pronto! Vamos a salvarlos.

Y el amable niño, habiendo olvidado por completo la penosa escena de la víspera, no pensó

